



“El feminismo siempre ha sido intergeneracional”

Diálogo a tres voces sobre los feminismos de ayer, del medio y de hoy.

Diana Marcela Gómez Correal


Profesora asociada Cider, Universidad de los Andes. Magíster en historia y doctora en antropología. Integrante de la Colectiva Feministas Emancipatorias y de organizaciones de memoria, víctimas y construcción de paz en Colombia.

José Fernando Serrano Amaya

Profesor Asistente, Departamento de Lenguas y Cultura, Universidad de los Andes. Docente e investigador en temas de género, sexualidad, conflicto y construcción de paz.

Amalia Uribe-Guardiola

Estudiante de Antropología de la Universidad de los Andes y hace parte de No es Normal (NeN), colectiva feminista estudiantil.



Este texto es producto de una conversación entre Amalia, Diana y José Fernando, tres seres sentipensantes que han caminado trayectorias de vida específicas cruzadas en un tiempo-espacio particular del presente reciente. Aprovechando nuestro trabajo conjunto en torno al proyecto de investigación-creación de Amalia Uribe-Guardiola titulado “Memorias andantes: historias del proceso fundacional de la colectiva feminista y estudiantil ‘No es Normal’”, nos dimos a la tarea de conversar para compartir reflexiones situadas en este número especial de la revista en Otras Palabras. Amalia Uribe-Guardiola (en adelante AU) es estudiante de Antropología de la Universidad de los Andes y hace parte de No es Normal (NeN), colectiva feminista estudiantil. Diana Marcela Gómez Correal (en adelante DG) y José Fernando Serrano (en adelante JS) son profesores de la misma universidad. Diana ha sido integrante de diversos procesos sociales feministas, de paz, víctimas y generacionales desde el 2002; y ocasionalmente colabora con esta revista. José Fernando ha sido docente universitario, consultor y ha apoyado diversos activismos.

Esta conversación, que tuvo lugar el primero de septiembre del 2021, fue guiada por las preguntas que estructuran el texto. Nuestra conversación fue transcrita y editada por nosotres. Con este texto nos interesa reflexionar sobre las conexiones intra e intergeneracionales que han cruzado nuestros caminos; sobre nuestros encuentros con los feminismos; el carácter intergeneracional de este movimiento que senti-piensa, reflexiona y hace; y por algunas de

las particularidades de los activismos feministas estudiantiles actuales. Así, no se trata únicamente de un escrito a tres voces, sino que más bien es el producto de muchas voces, historias y experiencias que cada una de nosotres trajo a colación en la conversación y que se articulan desde la multiplicidad en construcción. A lo largo del texto damos cuenta de una característica de los feminismos: su carácter intergeneracional y dialógico. En medio de las premuras que la pandemia ha puesto a nuestras vidas, y de un quehacer a veces, o casi siempre desbordado de los mundos de la academia y el activismo, optamos por el propio diálogo como estrategia metodológica para dar respuesta al tema de este número: *el feminismo de ayer y los feminismos de hoy en perspectiva intergeneracional*.

¿Cómo llegamos a los feminismos?

AU: Creo que es difícil pensar en cuando llegué a los feminismos porque he tenido reflexiones feministas toda la vida, simplemente no siempre lo he nombrado como tal. En el colegio ya había escrito un par de ensayos sobre el género, sobre la historia de los feminismos en Occidente, pero fue cuando llegué a la universidad y me encontré con el grupo No es Normal (NeN) que descubrí el feminismo en la colectividad. Es decir, el quehacer para la transformación con otras mujeres y disidencias de género. Ahí empezó mi trayectoria.

DG: Comparto también la reflexión de Amalia en torno a que uno desde muy joven, cuando se percata

de que nacer mujer es una cosa digamos como específica y compleja, comienza a tener cierta conciencia feminista sin saberlo. Yo lo siento desde niña, sobre todo, digamos, por momentos como de acoso sexual de los hombres que te hacen sentir que tu cuerpo es una carga. Luego en el bachillerato sí tengo un momento muy concreto en el que siento que mi papá me trata distinto por ser mujer, y escribo en una especie de diario una nota en la que digo algo así como: “y todo por ser mujer”. Posteriormente llego a la Universidad Nacional a estudiar Antropología y mi único encuentro con el feminismo fue en quinto o sexto semestre, cuando vi la clase de Antropología contemporánea con Marta Zambrano. Esa clase me hizo decidir que mi área de énfasis en la carrera sería la Antropología social. La clase me hizo un click: “esto es lo teórico que me interesa, estos son los problemas que me interesan”.

En esa clase Marta Zambrano nos pondría máximo una o dos lecturas sobre feminismo. Ese fue mi encuentro con el feminismo en el pregrado y no más. O sea, triste ¿no?, porque paralelo la universidad ya contaba con el Grupo Mujer y Sociedad y con el Programa de Estudios de Género, Mujer y Desarrollo creado en 1994, que en el 2001 le daría paso a la Escuela de Género. No sé porque nunca me topé con los cursos que se ofrecían sobre género. Hace poco hablé con otra compañera, Paula Gutiérrez, que su mamá, María Eugenia Martínez, era parte del Grupo Mujer y Sociedad, y ella me contó que en el pregrado sí vio una electiva. Cuando me lo contó me sorprendí.

Mi encuentro más real con el feminismo va a ser en la experiencia laboral y en la militancia. Cuando terminé mi tesis de pregrado me vinculé laboralmente con la Iniciativa de Mujeres Colombianas por la Paz, IMP, a finales del 2002 como auxiliar de investigación de Elizabeth Quiñónez, feminista. Es ahí que comienzo a leer textos del feminismo porque Elizabeth me dice que adicional a investigar cosas

puntuales de los movimientos de mujeres debía leer teoría feminista para entender de qué estábamos hablando. Uno de los textos que leí en ese entonces y que recuerdo mucho es el de Nancy Fraser (1997) de Justicia Interrupta, y su propuesta sobre redistribución y reconocimiento me hizo también click. Desde ahí comienza ya mi recorrido en la militancia feminista.

JS: Desde mi lugar de enunciación y de experiencia, mi relación con los feminismos no es de nombramiento o de pedir un espacio dentro de los feminismos. Yo no me declaro feminista. Entiendo las razones que han llevado a ello, pero tengo muchas dificultades con el tema de hombres pidiendo espacios dentro de los feminismos. Sí tengo una relación cercana y de muchas formas con los feminismos, bien como espacio de reflexión, como lugar de práctica, como contexto de trabajo, como cruce de aprendizajes y de interacción. Iniciar esta conversación inter/trans generacional y temática desde cómo se llega a los feminismos me resulta útil pues me permite una relación diferente a la de “ser/no ser”, o “tener/no tener un lugar”, que se estructura en torno a puntos de llegada y de salida de procesos profesionales y personales, procesos que tienen relación con la experiencia de la diferencia.

Sin embargo, ¿en qué momento, de un modo u otro, he sentido diferencias y de qué tipo de diferencias estamos hablando? ¿Interactúan o no y cómo con las que ustedes mencionaron? Mi historia puede coincidir en parte con la de otros hombres gay en cuanto haber vivido en ese lugar extraño del chico raro de la escuela, a veces buscando un lugar de pertenencia y a veces en un lugar por fuera de cosas. Un lugar de estar viviendo unas diferencias enunciadas por otros que yo ni siquiera sabía de dónde venían, y que me hacían darme cuenta que algo que yo no siento extraño, termina siendo extraño porque me lo están todo el tiempo haciendo sentir extraño. Una parte de mi historia tiene que ver con esa experiencia cotidiana,

en la piel y en muchos espacios. Otra con cómo eso llega a la universidad, se vuelve academia y activismo. Mi experiencia de la universidad es también extraña, rara. Llegué a la Nacional a finales de los ochenta, cuando poco se hablaba de estos temas en clase. No se hablaba de género y si se trataban asuntos de sexualidad, en particular de homosexualidad, era con sospecha sobre quién ponía el tema. No había qué salir del clóset: sólo bastaba escribir algo en clase y ya.

A fines de los ochenta entré en contacto con varios activismos en VIH y en ‘cosas del ambiente’ una de las formas de hablar de vivencias raras/homosexuales, y eso también afectó mi experiencia de lo académico, de los nombramientos propios y los hechos por otros sobre mí. En ese momento sabía que existía el Grupo Mujer y Sociedad y de sus integrantes, pero eso no se cruzaba con la formación. El diálogo con esas experiencias y conocimientos sucedió fuera de mis procesos de formación formal, en encuentros y participaciones en eventos. Ahí entré en contacto con más colegas activistas y feministas que hablaban de género y se abrió un nuevo momento de mi vida en la universidad en una Antropología que no era abierta a los temas de género o los feminismos; al contrario, era una academia resistente, homofóbica, sexista. En ese escenario, la Escuela de Estudios de Género era posibilidad para temas emergentes como los de juventud, sexualidades diversas o masculinidades, y allí encontramos varios espacios para desarrollo académico y profesional. Si queremos, era un espacio de diálogo práctico, en escucha y apertura entre varias generaciones de académicas que venían ya con recorrido y que actuaron como creadoras de nuevos espacios para discutir muchos temas. Para mí la Escuela de Estudios de Género permitió la formación que no tuve durante el pregrado.

DG: Yo quisiera señalar tres cositas y hacerle una pregunta también a Amalia. Primero algo sobre el contexto. Yo creo que lo que dice ahora José Fernando del momento de la universidad y los

debates es importante. Yo ingresé a la universidad en el noventa y seis, lo pongo también para que comprendamos las distintas trayectorias y momentos de discusión. En ese entonces se vivía digamos una situación que estaba normalizada en la sociedad y era la que tenía que ver con el acoso a las estudiantes por parte de algunos profesores. Lo traigo a colación por lo que ha explotado en los últimos años en la universidad, y sobre todo en el Departamento de Antropología. Uno lo veía y uno en cierta medida se lo problematizaba, pero no era tan fácil tampoco problematizarlo o hablarlo, porque era una violencia “normal” para la sociedad. Pasaba en la calle, en la casa y en la universidad.

Hay que decir que el Departamento de Antropología de la Universidad Nacional era muy masculino. Si bien recuerdo haber conocido a Mara Viveiros hacia el final de mi pregrado, en ese momento uno reconocía a Mara como una referente sobre la reflexión de masculinidades, pero no tanto, digamos, de los debates feministas en el programa de Antropología.

Lo segundo que quiero anotar, para conectar con la ruta académica, es que a mí lo que me lleva a hacer la maestría en historia de la Universidad Nacional centrada en la historia de las mujeres y principalmente en el movimiento feminista bogotano fue mi ingreso a IMP. O sea, IMP lo que hace es ponerme mi siguiente tema de investigación que va a ser ese. Y pues en medio de todo también fue un camino que hice sola, porque en el Departamento de Historia tampoco hay un número significativo de profesores y profesoras que trabajen género. Entonces mi proceso como feminista ha sido un proceso también de autoformación, y sobre todo autoformación desde los movimientos. Cuando hago la maestría en historia no estoy tomando clases de teoría feminista, sigo leyendo es desde los movimientos, y creo que eso también me da otra visión de los feminismos.

Tercero, para conectar con un contexto más amplio, quisiera contar una anécdota pequeña. Cuando yo leo estas lecturas asignadas por Marta Zambrano, mi mamá me cuenta que están teniendo un debate en el sindicato y el partido político del que hace parte, y en algún momento sus compañeros me cuentan que están teniendo ese debate y me preguntan: “¿tú que piensas, es válido o no esa reivindicación de los derechos particulares de las mujeres?” Y pues yo era una chica, no sé, de veinte años, y lo que respondo es: “pues sí, o sea, según lo que he leído sí”. Y pues claro, la Antropología también te da la posibilidad de reconocer la diferencia, ¿no?, y de reconocer que hay exclusiones y desigualdades. Entonces como que eso también me remite no sólo a lo que pasaba en la Nacional, sino a lo que pasaba en los movimientos sociales, en los que había una dificultad muy grande aún a principios de este siglo para reconocer las demandas particulares de las mujeres, de quiénes se reivindicaban con sexualidades e identidades de género distintas, de lo indígena, de lo afro, que luego, bueno, para no alargarnos mucho, luego eso va a pluralizar la política. Es de los dos mil en adelante que los partidos políticos empiezan a reconocer de forma algo seria a estos “bichos raros” de la política.

La pregunta que tenía para Amalia, porque me parece muy interesante y aquí ya son evidentes las trayectorias distintas, es por qué dices que en el bachillerato ya reflexionaban sobre feminismo.

AU: ¡Me di cuenta de que me faltó decir muchas cosas! Quiero primero empezar diciendo que me gradué del colegio y entré a la universidad en dos mil diecisiete, y que tengo veintidós años, entonces ahí ya vamos viendo la diferencia de temporalidades y caminos andados. Respondiéndole a Diana, y porque en realidad fue un momento central para mi experiencia, creo que es importante regresar al bachillerato. Recuerdo empezar a hablar de feminismo explícitamente como a los 14-15 años con una profesora de español que nos puso a leer a Marvel

Moreno en clase de literatura. Recuerdo conversar con ella sobre las implicaciones de ser-mujer en Colombia: sobre el miedo que atravesaba nuestros cuerpos, sobre las herencias que cargábamos de nuestras madres y abuelas, sobre la obligatoriedad del ser-madre, entre muchas otras cosas. Creo que algo se encendió en esas conversaciones, ella después me recomendó leer a Beauvoir, pero se acabó el año escolar y yo dejé de prestarle mucha atención. Creo que no fue como hasta grado once que empecé a ponerme brava, ¿saben? Me acuerdo especialmente de un caso injusto, violento y simplemente horrible que me marcó fuertemente. Comenzó cuando una chica como de 13 años le mandó *nudes* (fotos de índole sexual) a su novio - que era mucho mayor- y él se las compartió a todo el colegio. Fue un escándalo. Todo el mundo empezó a hablar de eso, la matonearon, amenazaron con mostrarle las fotos a sus padres, etc. hasta que la rectoría se enteró... ¿y saben lo que hicieron? ¡la echaron a ella del colegio y no a él ni a ninguna de las personas que la había agredido! ¡Fue horrible! Además, me acuerdo mucho de las chicas del colegio diciendo que: “qué tal esta vieja tan perra”, re victimizándola y yo bravísima. Entonces empecé a nombrar un montón de rabias que todavía no tenían un lugar de expresión explícita pero las empecé a nombrar desde el reconocimiento de la injusticia, por lo que el colegio fue un espacio fundacional de alguna forma en mi trayectoria feminista.

Luego entré a estudiar Antropología y un mundo entero se abrió. Ahora que lo pienso ese es un elemento interesante que nos vincula, que las tres estudiamos Antropología. Ustedes ya tienen toda una trayectoria académica, estudiaron a finales de 1980, 1990 e inicios del 2000, pero pues yo estoy estudiando Antropología ahora y también siento la ausencia de una reflexión profunda sobre el género desde la disciplina institucionalizada que recibí. Bueno, mis profesores y profesoras a veces nos ponen a leer a Butler, Marilyn Strathern o Margaret Mead, pero no hay en el programa un espacio u oferta para hablar

de los feminismos y la Antropología, mucho menos de la posibilidad de una Antropología feminista.¹ Esto no se dio sino hasta el final de mi carrera, en el último año, cuando en la Facultad de Ciencias Sociales muchas nos reunimos a exigir una 'FACISO Antipatriarcal' y se creó un comité de género liderado por estudiantes en el departamento. Pero bueno, fue por ese hueco, esa ausencia que empecé a hacer la opción en género y sexualidad de la Universidad y busqué el activismo rápidamente. O sea, yo entré a la universidad y en mi segundo o tercer semestre me vinculé con el grupo feminista y estudiantil NeN, el cual denunciaba violencias de género, acoso y manifestaciones de exclusión en el ámbito universitario. Siento que abrí una puerta con NeN y apareció un mundo entero que todavía sigue presente.

DG: Yo creo que eso nos lleva a la siguiente pregunta: ¿qué es lo que nos vincula? Ya hemos dicho que nos vinculan nuestros estudios de pregrado en Antropología y que terminamos confluyendo en el presente en la Universidad de los Andes. ¿Pero qué más nos vincula? ¿Cómo es que llegamos los tres a esta conversación?

Además de los feminismos, ¿qué más nos vincula?

JF: Viendo lo que va saliendo en esta conversación, hay cosas que nos vinculan de manera explícita, pues estamos en la misma universidad en este momento y hemos compartido aquí algunos espacios de intereses mutuos. Pero veo también una cantidad de vínculos de órdenes muy diversos que evidencian cómo esta pregunta por los feminismos como diálogos abre la posibilidad a pensar vínculos inusitados, inesperados o en paralelo, como nos sucedió con Diana que compartimos también el paso por la Política Pública de Mujer y Géneros de Bogotá como lugar de formación sin habernos encontrado allí. Fue un

diálogo entre generaciones sin haber necesariamente estado en el mismo lugar, pero conectadas en términos prácticos.

En ningún caso quiero comparar mi experiencia del feminismo con la de ustedes. Pero si los feminismos son también esa posibilidad de nombrar esos dolores, esos malestares que vienen del nombramiento violento de la diferencia, hay allí un espacio que nos conecta y es un espacio de vínculo, ¿no? Vínculos, si se quiere, mucho más profundos que las circunstancias históricas de estar en los mismos lugares o en los mismos espacios.

DG: A mí me parece interesante esa reflexión, porque es que son esas rabias, es esa desigualdad que vivimos, esas violencias que marcan los cuerpos, las que nos llevan a andar un trayecto en los que se cruzan nuestros caminos, ¿no? El punto de partida sí es esa experiencia de exclusión que decidimos politizar. Porque si no la hubiésemos politizado no estaríamos aquí conversando. Entonces yo veo muchísimos cruces. Además de los que ya hemos nombrado está el cruce que nos ha traído hasta esta conversación y es el trabajo con Amalia. Me imagino que Amalia vio clase con José Fernando y viste clase conmigo. Amalia, ¿cómo te conociste con José Fernando?

AU: Con Fernando nos cruzamos a través de mi activismo y su trabajo en la opción en género y sexualidad en la Universidad. Creo que en realidad yo les conocí a ambas antes de habernos presentado físicamente, y me parece interesante porque eso suele pasar mucho como estudiante en la academia: una oye nombres, lee autores, conoce trayectorias y es atravesada por ellas sin necesariamente haber visto a las personas. Ustedes hacían parte de mi mapa de 'feminismos en la Universidad' antes de habernos cruzado como lo hemos hecho recientemente. Ahora, me parece muy potente esto que dicen de entrelazarnos desde compartir experiencias de dolor o injusticia sin necesariamente haber compartido siempre un

¹ Al respecto les invitamos a leer Gómez y Ojeda (2019).

espacio físico o incluso una temporalidad común. Siento que ese es un eje central de lo trans/intra generacional que estamos hilando.

Quisiera contarles entonces de la primera clase que vi para la opción en género y sexualidad. Esta opción académica también nos vincula y la experiencia que tuve allí marcó mi trayectoria feminista desde la rabia de la que hemos hablado. Se trataba de un curso introductorio llamado ‘Sexo, cultura y sociedad’ y allí me encontré con un personaje de mi pasado que había violentado a una amiga durante el colegio, y que reprodujo un montón de violencias en el aula. Es una larga historia, pero en resumidas cuentas el sujeto empezó insultando el feminismo desde la primera sesión y luego, en la medida en la que la clase avanzaba, comenzó a mandarme picos mientras intervenía, a decir que a “los maricas” había que darles en la jeta, que “los queer” eran una abominación, y yo me agarraba con él todas las sesiones. Entonces lo que hice fue escribir un artículo sobre eso en Ceroseventa, en el blog de NeN (Uribe-Guardiola, 2018), y se volvió viral. Recuerdo que eso me puso en un lugar visible inesperadamente, hizo que las personas me reconocieran como una ‘feminista furibunda’ y se relacionaran conmigo desde ahí. Después del artículo varias personas que habían sido violentadas por él o su grupo de amigos me buscaron y terminé decidiendo abrirle un proceso disciplinario. Fue una lucha larga dentro y fuera de los marcos institucionales de la Universidad, y eso me ayudó a enraizar mi activismo. Finalmente, la denuncia entró dentro de la actualización del protocolo MAAD y se convirtió en el primer caso de violencia de género que se sancionó en la Universidad.

DG: ¿Y cuál fue la sanción?

AU: Tengo entendido que lo suspendieron un semestre y que tuvo que hacer ‘medidas pedagógicas’ con una psicóloga. Vale la pena mencionar

que luego tuvimos un proceso de reparación. Pero bueno, así fue que empezó mi camino dentro de la opción.

DG: ¡Qué experiencia! Retomando la conversación sobre las clases, ¿qué otras materias tomaste de la concentración?

AU: También ‘Feminismo(s)’ con Allison Wolf; un curso de escritoras colombianas con Carolina Alzate; ‘Ciencia y Género’ con Manuela Fernández, de quien fui monitora; ‘Estado, resistencia y cambio social’, contigo, Diana; otra buenísima llamada ‘Costuras: pensamiento textil y escrituras que resisten’, con Eliana Sánchez-Aldana; y pues hice el proyecto de investigación que nos unió.

Diálogos intergeneracionales: ¿cómo los senti-pensamos?

DG: Bueno, creo que ya hemos contado que nos vincula y podemos entonces seguir avanzando en las otras preguntas. Por ejemplo, ¿a qué nos suenan las relaciones o los diálogos intergeneracionales? Me gustaría retomar una idea que planteé en conversaciones pasadas, y es que creo que el feminismo siempre ha sido intergeneracional. Es decir, yo creo que el feminismo siempre ha estado dialogando con las mujeres que nos antecedieron y con las mujeres contemporáneas y las del futuro, ¿no? Con las que nos antecedieron, en el sentido de que pues aprendemos, digamos, de sus experiencias de violencia, de discriminación, pero también de sus resistencias y contribuciones teóricas y políticas. Quizás ahora, y esa es una cosa que me parece muy interesante de esta conversación entre las tres, es que cada vez, digamos, se va acumulando más poder y sabiduría y formas de acción en los feminismos.

O sea, yo veo que Amalia está haciendo cosas que nosotros no hicimos, por ejemplo, cuando fuimos estudiantes de pregrado, pues porque también no

existía, digamos, el contexto de lucha feminista estudiantil ni los acumulados con los que hoy se cuentan. Obviamente ahí también juegan las personalidades y las trayectorias de vida, pero el contexto es también importante. Entonces yo creo que los feminismos emergen de ver la experiencia de las mujeres que son mayores que uno, de las mujeres contemporáneas, de las violencias y discriminaciones que las cruzan y que la cruzan a una misma; y siempre se está proyectando también evitar que esto les siga pasando a las mujeres del futuro. Cuando hice la tesis sobre el movimiento feminista de Bogotá (Gómez, 2011) me interesaba conocer cómo las feministas se habían politizado, cómo decidieron pasar de ser mujeres a ser feministas, y lo que veía era que en ese proceso para ellas los espejos eran súper importantes. Peleaban con los modelos tradicionales de mujer que encarnaban sus madres o con las violencias cotidianas, físicas y sexuales que vivían sus vecinas. Esos espejos van a ayudar a enunciar: “esto no lo quiero para mí”, y van a permitir enunciar al mismo tiempo: “esto también lo vivo yo”.

Ahora, creo que cada generación también tiene sus propias preocupaciones, y tiene sus posibilidades y sus límites. Y creo que a veces los diálogos intergeneracionales se vuelven fuertes cuando uno le pide más de lo que dieron a generaciones pasadas, a personas contemporáneas pero mayores. Creo que cada momento abrió posibilidades concretas y significó barreras específicas tanto en lo colectivo como en lo individual. Es decir, yo creo que ahora tengo más elementos de análisis y fuerza interna construida gracias a aprendizajes colectivos para romper con relaciones tóxicas que las que tuvieron en su momento las feministas de 1970, 1980. Yo ya vengo de un acumulado de luchas feministas en las que he aprendido de ver a las otras y de interrogarme a mí misma desde esos aprendizajes y desde mi propia historia, donde no está bien que esté en términos emocionales. También creo que algunas mujeres de generaciones más recientes, por poner

un ejemplo Amalia, tienen mucho más capital cultural o más capital feminista para adaptar el concepto de Bourdieu, para asumir esas rupturas, ¿no?, o sea, para poner los frenos que sean necesarios. No quiero desconocer que la vida emocional de cada mujer es específica. Lo que quiero decir es que cada mujer lidia con sus dolores y con las violencias con los recursos que tiene, y que uno de esos recursos es el capital feminista.

Entonces, creo que siempre esos diálogos hay que pensárselos desde ahí. Desde luego, eso no significa que no cuestionemos las cegueras epistemológicas, para emplear el concepto de María Lugones (2014), de feminismos pasados. Cegueras que son políticas, teóricas y metodológicas, referidas por ejemplo a las cuestiones de raza, y que también están vinculadas con los contextos. Eso implica del otro lado, de los feminismos de tiempos concretos, una capacidad autocrítica. Para los diálogos intergeneracionales creo que de lado y lado debe partirse del reconocimiento de lo que cada generación ha logrado, de sus límites, de sus vacíos y de la importancia de las interpelaciones que se hacen en un campo del saber-hacer que se ha destacado por su capacidad autocrítica.

Creo que en la capacidad de diálogo y en los reconocimientos hay un nudo muy grande de los feminismos colombianos, porque esos diálogos a veces ni son posibles. Diálogos que en este caso no son solo intergeneracionales, pues ponerlo de esa manera sería un poco reduccionista. Son diálogos también en términos de posiciones de clase, de raza, étnicas, de procedencia geográfica y de pertenencias políticas. Creo que esos diálogos deben ser siempre respetuosos, pueden y deben ser duros en términos argumentativos, pero sin vulnerar a la otra, incluso si se enmarcan en horizontes de futuro y posicionalidades distintas. La política en Colombia no puede seguir siendo un espacio de desconocimiento del otro y un espacio caníbal, que en últimas materializa una política patriarcal.

Los diálogos, las relaciones intergeneracionales, además de sonarme a acumulados me suenan a tensión. Yo creo que una no puede reconocerse como feminista sin reconocer que aún con errores, nosotras tenemos la posibilidad de hacer todo lo que hemos hecho gracias a otras tantas mujeres que han luchado décadas y siglos atrás, que se han ganado el espacio con el que hoy contamos las mujeres. Y yo creo que lo intergeneracional también debe pasar por ahí, así como debe pasar por un reconocimiento de lo que hacen las generaciones más recientes. O sea, yo creo que hay que reconocer todo lo que ha hecho Amalia y su generación, y tenemos que reconocer lo que hizo Juanita Barreto y su generación. Sin lo que unas y otras han hecho, sin lo que ha hecho mi generación, lo que hoy tenemos, las discusiones que se dan en el presente, así como las conquistas, no serían posibles. Y creo también José Fernando que hay una cosa muy interesante, y es que nosotras en cierta medida somos un punto medio que está ayudando también, o sea, que está prolongando, con cambios, con discusiones, lo que hacía la generación de Juanita Barreto, pero también estamos tejiendo la plataforma de discusiones y acciones a través de la cual la generación de NeN, de Amalia, están pluralizado y radicalizando los feminismos aún más. No sé, dejo por ahí.

JS: Aquí estamos tocando cómo entendemos lo interseccional y su relación con el diálogo intergeneracional. Tal pregunta toca lo intergeneracional, lo inter-agendas, todas las posibilidades de la interacción y la no interacción y de ponerle nombre al conflicto. De las muchas cosas que aprendí en mi trabajo con colegas feministas antes de llegar a la Universidad de los Andes, fue la posibilidad de ponerle un lugar al conflicto, no meterlo debajo de la alfombra, sino al contrario, sacarlo y ponerlo en la mesa. Se trata de impedir que el conflicto se vuelva la razón de la destrucción o de acabar el proceso colectivo, sino al contrario, de hacer del conflicto el centro y el motor de ese proceso de articulación. Esto no

necesariamente se da en otros procesos de movilización donde lo que puede primar es el silenciamiento del conflicto o un manejo del conflicto para reproducir autoritarismos. La pregunta por lo intergeneracional no es algo mecánico o inmediato. Eso sucede en casos y situaciones muy concretas. La pregunta por cómo nos suenan los diálogos intergeneracionales es una pregunta por qué es lo compartimos en un espacio en un momento determinado.

Así como hay puntos de vínculo, hay también unas distancias muy grandes entre unas generaciones y otras, como por ejemplo en torno a las expectativas y la relación con las instituciones. En mi caso, recuerdo haber esperado poco de las instituciones, y si había relación con ellas, era limitada. Menos, haber recibido algo de ellas, al menos en términos de derechos y de posibilidad de demandar algo de ellas. Veo ahora una diferencia fundamental con las nuevas generaciones en la relación con las instituciones, por ejemplo. Los canales, los mecanismos, las estrategias han cambiado y los diálogos intergeneracionales allí, si lo hay, son pocos. Por esto, en esa pregunta que hoy nos convoca por los diálogos hay también unos grandes silencios.

AU: A mí la pregunta por lo intergeneracional en el feminismo me ha atravesado y sigue atravesando hoy en día. Me llama la atención el doble movimiento del que hablaba Diana, de lo intergeneracional tanto desde la herencia como desde lo prospectivo. Por un lado, Sara Ahmed (2015), en *“La política cultural de las emociones”* dice que el “nosotras” del feminismo se construye por todas las que se han arriesgado a habitar su nombre. Es decir, estamos paradas sobre las luchas y procesos de reivindicación de quienes nos han precedido. Eso resuena en mí en este momento en particular a raíz del trabajo de investigación que hice con ustedes. El ejercicio de sistematización de la historia fundacional de NeN y la apuesta por las memorias activistas es un reconocimiento de que

el terreno que andamos hoy en día las feministas estudiantiles ha sido labrado por otras y que las historias de las mujeres que han luchado antes que nosotras nos incumbe a todas y a todes. Sin embargo, aunque la recuperación o reconstrucción de memorias de los movimientos sociales parezca ser un ejercicio exclusivamente documental, a mí modo de ver es necesariamente prospectivo en cuanto nos da herramientas para seguir construyendo y transformando. Esto me lleva al otro punto: cuando una hace activismo, imagina otros mundos posibles y tiene esperanza de que estos puedan tomar forma. Así, nuestro quehacer político es uno imaginativo y esperanzado que apunta a las nuevas generaciones. Y ahí se da el movimiento.

Para mí, esto también se ha materializado en mi experiencia con mi familia materna. Hace unos años empezamos a hacer un costurero con mi abuela, tía abuela, tía y madre, comenzamos a encontrarnos cada semana o cada quince días desde el hacer textil y este espacio ha sido, ante todo, uno de diálogo intergeneracional. Con cada puntada, retazo, o movimiento de la máquina de coser me he dado cuenta de que la práctica textil misma está marcada por lo generacional: ellas me enseñan a remendar, a bordar o a confeccionar aludiendo a sus madres o abuelas –mi bisabuela o tatarabuelas-, y entonces la larga línea de mujeres que se han reunido en torno a hacer-juntas emergen ahora en nuestro costurero, aunque ya ellas no estén ‘vivas’. Conversamos, echamos chisme y compartimos el hacer. He aprendido el quehacer-textil junto con ellas, y ellas cuentan que han aprendido y ampliado su visión del feminismo conmigo. Hay tanto reciprocidad como tensiones que son a veces intransitables entre generaciones. El costurero me ha permitido encontrarme con la costura, que para ellas fue una imposición u opresión, para hacer activismo, para encontrarme con estas labores feminizadas desde una forma distinta. Estas relaciones tampoco son lineales, ¿no?

DG: Yo quisiera contar una pequeña anécdota que me parece fascinante, y es que cuando terminé mi tesis de maestría y el libro se publicó, ¡mi abuela se lo devoró! Y cuando terminó de leerlo me dijo, o le dijo a mi mamá que, si ella hubiera conocido todo esto, su vida hubiera sido distinta. O sea, si hubiera conocido que las mujeres tienen derechos (risas), su vida hubiera sido distinta. Entonces coincidido con Amalia, el diálogo intergeneracional no se da de manera lineal. La reflexión del libro partía de otras mujeres que me habían antecedido y tocó a mi abuela que es mayor que estas mujeres sobre las que escribo. Entonces creo que hay ahí una cosa muy bonita en términos de la herencia. Lo que dice Gerda Lerner (1990) sobre la historia, una disciplina tan masculina, me parece muy importante. Las mujeres, plantea, no contamos con referentes históricos de mujeres rebeldes. Ahora, claro, es distinto, ¿no? pero a lo que invitaba en su momento Lerner era a construir referentes para la revolución de las mujeres. Eso precisamente es lo que hemos venido construyendo desde los feminismos, referentes. O sea, nosotras contamos hoy con la historia de María Cano, de las sufragistas, de las feministas más contemporáneas, de las pensadoras descoloniales, de las mujeres luchadoras indígenas, afrodescendientes, campesinas y populares. O sea, ya hay referentes, ya hay algo en torno a lo cual las nuevas generaciones pueden decir: “oiga, hay feministas, hay mujeres que se rebelaron contra la opresión”. Creo que lo intergeneracional circula a través de la historia oral de la vida cotidiana y a través de lo más canónico en términos de dejar trazos en la H(h)istoria. Por eso el ejercicio que hizo Amalia de reconstrucción de NeN, y la historia que hice del feminismo bogotano de las décadas de 1970 y 1980 son importantes para la construcción de referentes.

JS: Quisiera resaltar dos ideas sobre lo que hemos dicho de qué permite o promueve los diálogos. Uno, es el tema de la familia. Hemos hablado en varios momentos de ello y cómo las familias de las cuales

venimos enmarcan la forma como entendemos los diálogos intergeneracionales y feministas. En esto, más que un asunto anecdótico, la pregunta es por la forma en que nos relacionamos con los feminismos, una pregunta por los referentes, y cómo esos referentes significan, resignifican, y permiten mirar la historia de alguna manera, para ver en qué momentos se politizan ciertas cosas y no otras. En la pregunta por lo intergeneracional hay muchos momentos de politización de la experiencia personal, algo que sucede en interacción, como por ejemplo se da en los espacios universitarios, espacios que se actualizan y modifican constantemente. Hoy tenemos estudiantes que se presentan en el primer día como feministas. ¿Era eso posible en generaciones anteriores? ¿Para quiénes era posible? ¿De qué forma? En este nombramiento hay un cambio generacional muy importante a explorar. ¿Qué lo permite? ¿Qué nos dice ese nombramiento? Es un decir que enuncia aquí estoy yo, está soy yo.

Breves anotaciones sobre los feminismos estudiantiles del presente

DG: Eso nos lleva a la pregunta por las especificidades de la lucha feminista en el momento actual. Yo creo que un cambio importante de los últimos años tiene que ver con la cantidad de colectivas que han emergido en el país. Sabemos que hay una explosión organizativa en la Universidad de los Andes, pero también que desde el 2014 se vienen configurando diversos espacios en otras universidades. Esto es algo nuevo que da cuenta de trayectorias colectivas y de decisiones particulares de profesoras y estudiantes. Algo que me ha impactado en clase es que las estudiantes se reconozcan feministas y que haya tanto auto reconocimiento, sobre todo en pregrado, de las diversidades de género y de sexualidad, de los tránsitos y de la no binariedad. El hecho de que todo esto esté ahí en la universidad circulando me parece súper interesante, incluso también por las discusiones que se abren con algunos feminismos

sobre quién es y no mujer, y las tensiones que ha habido con las reivindicaciones trans. No sé cómo lo ven ustedes.

AU: Bueno, están hablando de mi generación, y es curioso porque he estado cuatro años y pico en la universidad y, aunque sea poco, siento que el panorama ha cambiado radicalmente en este tiempo. Para empezar, los repertorios de acción de los feminismos son distintos. Ahora nosotras nos movemos, y por la pandemia aún más, por redes sociales. Hacemos activismo desde la virtualidad y eso tiene tanto sus ventajas como desventajas. Se han empezado a configurar cuentas especialmente influyentes del feminismo urbano y eso ha hecho que muchas personas desde el colegio lleguen a la universidad a decir: “yo soy feminista, y lo soy porque sigo *esta* cuenta en Instagram y estoy de acuerdo con ellas”. Las influencers se han vuelto una especie de referente teórico para nuestra generación y eso nos ha ayudado a nombrarnos feministas más temprano y a nombrar violencias. Hay cuentas de ecofeminismo, de feminismo radical, de feminismo antirracista, de feminismo liberal, y de apoyo, información y acompañamiento en aborto, entre muchas otras. O sea, el movimiento está absolutamente vivo, y desde esa vida surge la pluralidad y las tensiones que nos interpelan.

Ahora, si yo hablo con las fundadoras de NeN, que vivieron en la universidad en 2014, 2015 y 2016, es absolutamente distinto a lo que yo viví en 2017, 2018, 2019, 2020 y 2021. Ellas entraron en un momento en el que no existía un protocolo que sancionara violencias de género, en donde les decían “locas”, y las amenazaban por lo que hacían. Sin embargo, hacían parte de un momento histórico en el que empezaron a surgir colectivas feministas estudiantiles en toda la ciudad, y eso ahora lo damos a veces por sentado. En el mismo año que nació NeN, en el 2014, surgió ‘Polifonía’ en la Universidad Javeriana, ‘Blanca Villamil’ en la Universidad

Nacional, en la Universidad Externado se había creado el grupo de discusión de ‘Derecho y Género’, y en el Rosario, ‘Rosario sin bragas’. De ahí en adelante las activistas –y las personas en general que se relacionan con estos espacios educativos- hemos recibido lo que ellas fundaron, y trabajamos sobre eso.

Como estaba diciendo antes, en este momento el movimiento es amplio y está en tensión: si hubiera sólo una colectiva, y si hubiera solo una manifestación de feminismo, sería más simple, armónico, pero no lo es. Se están disputando causas, se está luchando dentro de los mismos movimientos juveniles y estudiantiles. ¡Y hay mucho que hacer y mucho que dialogar! Se ha consolidado una unión-tensión entre los feminismos y el movimiento LGBTIQ+; las expresiones disidentes de género se están tomando las aulas; y ahora hay muchísimos comités y colectivas de género. En los Andes hay unos 15 comités de género en este momento. Además, esta generación está fragmentando y reconfigurando la noción de ‘familia’. El *rumaitazgo* (del *rumait*, la persona con la que se comparte vivienda sin estar en una relación sexo-afectiva, pero donde hay relaciones de cuidado) se está convirtiendo en un vínculo de parentesco. Yo acabo de mudarme a vivir con cuatro amigas, y es muy raro porque nos dimos cuenta de que ninguna de nuestras mamás había hecho algo similar. Ellas salían de la casa de los padres para vivir con el novio y, si acaso, para vivir solas, pero en esta generación los lazos de amistad feminista están a su vez desestabilizando la familia tradicional de una forma material y concreta.

DG: ¡Muy interesante! Ahora José Fernando nos contaba que en la universidad en el pregrado no se iba a nombrar como una persona gay y que será más bien su trabajo académico lo que va denotar su posicionalidad; y en mi caso yo nunca me iba a nombrar feminista en el pregrado porque no lo era; y ahora José Fernando y yo estamos enseñando en una universidad donde les estudiantes hablan y

expresan sus identidades de género, sus tránsitos, sus construcciones subjetivas no binarias, y en la que tenemos mujeres que se reconocen feministas. O sea, hay un cambio que es innegable. Es un avance trascendental tener la posibilidad de enunciar lo que uno es y quiere ser. Cuando uno se enuncia tiene la posibilidad de tener pares, que es lo que dice Amalia. Y si uno tiene pares, puede crear colectivas. Antes cómo íbamos a crear colectivas si no nos enunciábamos feministas en el pregrado y no se politizaba la experiencia de los cuerpos disidentes ni de los cuerpos femeninos. Para muchas de mis compañeras de pregrado y para mi la vivencia del cuerpo en la universidad fue tensionante.

JS: Esta pregunta por lo intergeneracional convoca muchos asuntos, si vemos el curso de esta conversación. Iniciamos viendo en la pregunta por lo intergeneracional una pregunta por interconexiones, interrelaciones, intersecciones. Ahora, en esta parte de la conversación, como la recojo en mis notas, es una cuestión por lo que se tiene en común y lo que se tiene diferente. Hay diferencias fundamentales en cómo se construye lo común y lo colectivo hoy. Hoy se construye lo colectivo de modos muy diferentes a como se construía en nuestras épocas, entre otras cosas por razones tan obvias como el acceso a las tecnologías. Reconocer esto no es una valoración miserabilista de las generaciones anteriores sino de la diferencia que eso causa en términos de cómo se construyen los referentes de lo común, lo diferente, las existencias posibles y las rupturas necesarias para que lo nuevo emerja. ¿Qué cosas nos están permitiendo estos nuevos activismos como espacios de encuentro? No estoy pensando en una idea romántica o edulcorada de lo común pero si es una interpelación a las formas de poder que desarticulan. El poder se actualiza y renueva para fragmentar e impedir. Así me surge la pregunta, ¿para dónde vamos hoy? Más con estas herencias que nos van a dejar los confinamientos, que no son nuevos, pero que se actualizan ahora.

DG: También creo que hay que preguntarse por el hacia dónde vamos y los encuentros cómo se van a dar. La carga del confinamiento es muy grande, sobre todo, creo, para nuestra generación y las generaciones incluso mayores. Creo que los jóvenes están enfrentando esto de la covid y el confinamiento distinto en términos de los encuentros. Habrá que ver en unos años qué paso con los movimientos feministas y estudiantiles durante la pandemia, y de que manera estos movimientos siguieron caminando, y ojalá, edificando rutas exitosas de la multiplicidad de cambios que requiere hoy Colombia y el mundo.

Les dejamos nuestra palabra escrita por ahora

Esta conversación, en una mirada intergeneracional, nos permitió observar cómo hay elementos comunes y cambiantes en la experiencia de la diferencia y en su politización. La relación entre lo individual y lo colectivo, entre la influencia familiar y los entornos académicos, entre los diversos activismos y los entornos universitarios, nos afectó en distintos grados y formas. Son elementos en todas las trayectorias presentes, pero que se combinaron a su modo en cada historia particular. Lo intergeneracional, entonces, no es sólo un dato demográfico sino una conversación particular de la politización de nuestras vidas individuales y colectivas. Vidas que se entrelazan desde lo común en el contexto y en el sentir.

En ello, hay diferencias fundamentales que sin duda podemos atribuir al impacto de las luchas feministas. El que haya hoy más espacios de nombramiento, reflexión académica y activismo en las universidades, marca una diferencia generacional significativa. Por ello, se desencadenan procesos que antes tomaban más años, o que sencillamente no se dieron, como las actividades de denuncia y demanda de respuesta institucional en el nivel

universitario que hoy tenemos. Hoy hay acceso a información y formas de comunicación que antes no existían. Este fervor del presente también nos llama a preguntarnos por el futuro de estos movimientos y por las nuevas puertas de diálogo que se pueden seguir abriendo.

Sin duda alguna los cambios actuales y la emergencia de agendas renovadas, interroga a los diálogos intergeneracionales. Nos convoca a preguntarnos por los espacios que estamos teniendo (o que sería bueno tener) para conversar sobre los saberes teóricos y prácticos que vienen de activismos anteriores y de modos de relacionarse con las universidades en particular y las instituciones en general. Todo esto nos lleva a interrogarnos por dónde más y cómo se están dando las conexiones entre generaciones feministas activistas.

Así como las experiencias personales no se politizan automáticamente, sino que son resultado de una variedad de procesos, algunos de los cuales mencionamos para el caso de nuestras historias, tampoco son automáticas las conversaciones intergeneracionales, la discusión de conocimientos compartidos y diferentes, y la creación de memorias colectivas. Dado que lo generacional implica en algunos casos una apuesta y un posicionamiento específico, es necesario preguntarse por la importancia, las formas, los nudos de las interacciones intergeneracionales. Esperamos esta reflexión dialógica que hoy compartimos con todos ustedes gracias a la invitación de las editoras de la Revista, varias de las cuales figuran también en nuestras memorias, permita abrir muchas otras conversaciones.

Referencias

Ahmed, S. (2015) *La política cultural de las emociones*. Ciudad de México: Programa Universitario de Estudios de Género de la UNAM

Fraser, N. (1997) *Iustitia interrupta: reflexiones críticas desde la posición "postsocialista"*. Bogotá: Nuevo Pensamiento Jurídico, Universidad de los Andes.

Gómez, D. (2011) *Dinámicas del movimiento feminista bogotano: vivencias de cuarto, salón y calle, historias de vida. 1970-1991*. Bogotá: Impresol Ediciones Limitadas.

Gómez, D. y Ojeda, D. (2019) "Feminismo y Antropología en Colombia: Aportes epistemológicos, diálogos difíciles y tareas pendientes". En: *Antropología y feminismo*. Bogotá: Colección Cuadernos Mínimos. Asociación Colombiana de Antropología.

Lerner, G. (1990) *La creación del patriarcado*. Barcelona: Editorial Crítica.

Lugones, M. (2014) "Colonialidad y género". En: Espinosa, Yuderlys; Gómez, Diana y Ochoa, Karina., ed. *Tejiendo de otro modo: Feminismo, epistemología y apuestas descoloniales en Abya Yala*, pp, 57-73. Popayán: Editorial del Cauca.

Uribe-Guardiola, A. (2018) "La violencia en mi clase de género". *Cerosetenta*. Recuperado de <https://cerosetenta.uniandes.edu.co/la-violencia-en-mi-clase-de-genero/>